

hacer traición á su amigo, corrió á noticiar á Currita que Diógenes tomaba partido por la Sabadell, y á lamentarse con la de Bara de que la policía correccional no pusiera coto, ni en España, ni en Francia, á los desafueros de aquel cínico viejo.

Este, había salido de la terraza por el salón de lectura, y entrando en un gabinete cogió pluma y papel, y con letra inverosímil, púsose á escribir esta carta:

"Mi querida María....."

Aquí se atascó Diógenes, y rascándose la nariz con el cabo de la pluma, quedóse perplejo, hasta que añadió por fin al encabezamiento esta reverente coleta:

"muy respetada: Mañana sale de aquí para esa el perillán de Jacobito Sabadell, que lleva las de Cain, pues trata nada menos que de inventar una reconciliación con su pobre mujer Elvira. Anda huído de Constantinopla, donde ha hecho no se qué atrocidades, y por lo visto ha olido que Elvira tiene dinero, y quiere ahorrarle el trabajo de guardarlo. Mañana, antes de salir, tendrá una conferencia con el P. Cifuentes, en que *Francesca di Rimini*, le servirá de tercero...."

Aquí notó Diógenes que la concordancia era vizcaina, y añadió:

"ó de tercera. Te advierto todo esto, por si puedes hacer algo por esa pobrecita, que será capaz de entregarse atada de pies y manos al bribón de su marido, si no hay alguien que la aconseje. Si sirvo yo para algo, incluso para romperle un esternón á Jacobito...."

De nuevo se detuvo Diógenes dudoso, por no saber á punto fijo si Jacobo podía tener uno ó más *esternones*, y dispuesto sin duda á romperle cuantos tener pudiera, prisiguió al cabo:

"Avísame y ahí me tienes. Yo sigo tan campante con mis sesenta y dos á cuestras, caminito, caminito de esa cama del hospital que tantas veces me has pronosticado. ¿Llegará en el sesenta y tres?"

Y dando con esta pregunta por terminada la carta, firmóla como Antonio Pérez las suyas à Milady Richs.

"Perro desollado de vuestra señoría, *Diógenes*."

"P. D.—Un beso á Monina."

Y aquí se detuvo otra vez perplejo, meneó lentamente la gran cabezota, y su rostro granujiento tomó una expresión indefinible de ternura y de tristeza.

Aquella Monina, bellísima criatura de cuatro años, ídolo de su corazón, por un fenómeno semejante al que hace á los grandes perrazos encariñarse con los niños, que le tiraba de las patillas y le hacía andar á cuatro pies guiándole ella por una oreja, había rechazado un día un beso de sus aguardientosos labios, diciéndole con infantil repugnancia:

—¡No... que apesta!...

Y Diógenes, el cínico Diógenes, que se burlaba de la opinión del mundo entero, y hacía gala de revolcarse en los más inmundos lodazales, sintió ante la repugnancia de aquel ángel, que una gran vergüenza invadía su corazón y subía hasta su frente, tiéndola de carmín, y asomaba á sus ojos llenándolos de lágrimas.... Por tres días enteros estuvo sin beber una copa; al cuarto rindióle el vicio otra vez, mas jamás volvió á besar á la niña.

Y entonces, á tan gran distancia del bello angelito, creyó faltar á su propósito escribiendo en aquella postdata la palabra *beso*, y borrándola con grandes tachaduras, puso en su lugar:—"A Monina, que le llevaré un muñeco que dice papá y mamá."—Después escribió en el sobre:

Madame.

M.^{me} LA MARQUISE DE VILLASIS.

Villa Maria.

Biarritz.

VII.

El capricho de una soberana hizo en poco tiempo de un villorrio olvidado, uno de los centros más á la moda, entre los semidioses que regulan sus costumbres, su lujo, sus nece-

sidades y hasta su conciencia á veces, por las extravagantes leyes de esta tirana caprichosa.

La emperatriz Eugenia levantó en Biarritz *la ville Eugenie*, y Biarritz quedó al nivel de Trouville, Dieppe y Etretat. Los españoles lo invaden en verano, los ingleses en invierno y los rusos en otoño, como si por turno quisieran disfrutar sus comodidades bastante problemáticas y sus encantos hartamente discutibles.

El lujo se apresuró á levantar allí *villas* y palacios, la especulación, hoteles y casinos: sólo la piedad se quedó con las manos quietas. En Biarritz apenas sí existe una Iglesia.

En la carretera de Bayona, hay hacia el lado del mar una *villa* deliciosa, que se asienta en un reducido parque, como una paloma en su nido de verdura: extiéndese aquel á lo largo del camino, cerrado por una gran verja de hierro, en cuya puerta campea á uno y otro lado este letrero:—*Villa María*—Da ésta entrada á una gran calle, que sombreada por árboles magníficos, describe tres caprichosas vueltas, salta un diminuto riachuelo, y lleva á una plazuela semicircular, atestada de flores, especie de *square* delicioso, que sirve como de patio de honor á la casa.

Tres gradas de mármol blanco dan ingreso al piso bajo, destinado sólo á recibimiento, y adornado con esa pulcra sencillez que adopta todo lo bello y destierra todo lo suntuoso, y constituye el buen gusto y la elegancia, en el decorado de un palacio de campo. En el fondo del vestíbulo abríase la puerta del salón, y llegábase por este á un pequeño gabinete, tapizado todo de cretona, con grandes flores cobrizas. Ocupaba uno de sus frentes una chimenea de mármol blanco, y formaba él otro una gran ventana de cristales, abierta de arriba á abajo, que dejaba entrar el sol á raudales, y permitía ver la verdura del parque en primer término, la arena de la playa más léjos, y el azul del mar en lontananza.

Las once habían dado ya en el reloj del torreoncito de la *villa*, y dos señoras, sentadas á uno y otro lado de la chimenea, hablaban en el gabinete. Una lloraba en silencio: la otra parecía consolarla.

Representaba ésta más de cuarenta años, y su falta absoluta de pretensiones, en nada disimulaba la sorda lima del

tiempo. Un sencillo peine de concha sujetaba su abundante cabellera, blanca casi por completo, y su rica bata de paño labrado con vueltas de terciopelo, léjos de prestar realce alguno á su persona, parecía más bien recibir ella misma del talle airoso y noble de la dama, la severa elegancia de su corte y de sus pliegues.

Su rostro, algo moreno y nada correcto en sus rasgos, tenía sin embargo esa movil belleza que da la expresión, y viene á ser con respecto á la fisonomía, lo que el colorido con respecto al dibujo; belleza más bien moral que física, que se escapa siempre al pincel, y constituía el principal encanto de aquella señora, dotada de cierta viveza natural que no le quitaba señorío, cierta gracia espontánea y cariñosa, que unida á un ligerísimo ceceo, acusaban su procedencia andaluza.

Era la otra mucho más jóven, parecía abatida y estaba enferma, su rostro descolorido formaba un óvalo perfecto, y llamaban en él la atención los ojos por los dulces, la boca por lo triste. Aquellos grandes, azules, de mirada vaga, un poco alta, como lo es en medio del dolor, la mirada de la esperanza: ésta pálida, caída por los extremos, con esa curvatura que indica el sufrimiento habitual, y es el primer signo que estampa la agonía en los enfermos desahuciados y en los condenados á muerte. Traía puesto un sombrero oscuro, sin velo, un largo abrigo de piel de nutria, y escondía sus enguantadas manos en un manguito de la misma piel.

Era esta señora la Marquesa de Sabadell, y la otra, en cuya casa se hallaba, era la de Villasis, su amiga íntima.

El correo de aquella mañana había traído á las dos señoras noticias importantes; la Villasis había recibido la carta de Diógenes, y otra larga y detallada del P. Cifuentes. La Marquesa de Sabadell, por su parte, encontrase al volver de Misa con una carta, que hizo vibrar en un instante cuantas fibras sensibles existían en su corazón: por un momento, creyó la infeliz mujer que iba á desmayarse.

Diez años se le habían pasado sin ver la letra de Jacobo, y aún ántes de fijar los ojos en el sobre, ese algo certero y misterioso que en circunstancias dadas agita el corazón y fija de repente el pensamiento en un punto remoto y olvidado, le avisó de quién era la carta.

Tambaleándose entró en su alcoba, bebió con mano trémula un sorbo de agua, y déjose caer sin fuerzas en una butaca, mirando la carta que tenía en las manos, sin osar abrirla.

El pasado entero se le vino á la memoria de un golpe, como una de esas grandes olas que revientan en la playa, borrando por completo la espuma de otras menores. Sus breves días de ventura, cuando enamorada perdidamente de su esposo y creyéndose de él correspondida, habiase creído en posesión del falso objeto de la vida, que es la dicha, y se había olvidado del objeto verdadero, que es Dios, se le pusieron delante.

Esta fué su única culpa; culpa de hijos ingratos, en que incurre la inmensa mayoría del linaje humano, que se olvida de Dios en la felicidad y sólo le recuerda en el llanto, porque cuadra más á su condición egoísta pedir remedios que agradecer bondades. ¡Harto lo conocía ella entonces, y hartó lo estaba expiando!....

Vinieron luego las pequeñas infidelidades y los pequeños desencantos, sufridos sin reproches, perdonados sin restricción, que no lograron derribar el ídolo de aquella alma enamorada, manso río sin borrascas, arpa eolia en que hasta los mugidos del huracán se transformaban en suspiros.... Después vinieron las grandes ofensas, y á poco los terribles descubrimientos de vicios enormes, que brotaban como setas monstruosas bajo el aspecto seductor de aquel esposo adorado; de inclinaciones depravadas, pasiones indómitas, costumbres disolutas é innumerables defectos, que nacían y vivían en su alma como en la carne podrida los gusanos asquerosos.

El ídolo hízose monstruoso, y la infeliz mujer quiso arrojarlo de su corazón indignada, como se arroja lo que ofende, lo que mancha, lo que deshonra; mas el alma íbasele detrás, llena de angustia y de vergüenza, porque el ídolo seguía de pié, siempre reinando en ella, y no por monstruoso, dejaba de ser ídolo.

Llegó al fin la ruina, y tras la ruina vino luego el abandono, los largos días solitarios, esperando en vano una carta mil veces contestada antes de ser escrita, aguardando siempre la demanda de un perdón ya de antemano concedido, a-

costándose con la agonía de despestar... de despertar al día siguiente para hallarse de nuevo sola ¡sola! en la arena del combate y del dolor, preguntándose á sí misma como el infortunado Delfin de Francia, á su madre María Antonieta: ¿Hoy es todavía ayer?... ¡Y el ayer era siempre hoy, y el ídolo era ídolo siempre!...

Y en aquel momento, al revolver aquella carta después de tantos años, aquel turbio oleaje de penas abrumadoras, punzantes desdenes, ofensas terribles, negras ingratitudes, lágrimas solitarias y despreciados sacrificios, veía la infeliz levantarse en su corazón el amor á su marido, vivo siempre, fuerte, avasallador, resistiendo al olvido, al desdén, al insulto, al tiempo mismo y á la ausencia misma, viviendo sin esperanzas que le mantuvieran y le dieran savia, y por eso inmortal como el alma.

La pobre mujer tuvo miedo de sí misma, y un llanto amarguísimo brotó de su corazón á raudales. Acordóse de su hijo, cuyo ángel de la guarda era ella, encargada de defender sus intereses y su educación contra su padre mismo, y temió que aquel amor apasionado fuera en su corazón el punto flaco que la llevara á pactar con el enemigo, la planta viciosa que arrebatá á cuantas la rodean los jugos de la tierra, apropiándose ella sola la savia que vivifica y da frescura y lozanía...

Había en el fondo de la alcoba un tríptico precioso, sobre un reclinatorio sencillísimo, y en éste se arrojó la Marquesa, llorando á mares para leer á los pies de la Virgen la carta inesperada.

Jacobo, sin preámbulos de ningún género, anunciaba á su mujer su próxima llegada, para tratar con ella de asuntos importantes, cuyo arreglo le había aconsejado el P. Cifuentes, excelente persona que había conocido en París, llenando su corazón abatido, de esperanza y de consuelo.....

La Marquesa creyó haber leído mal aquel último párrafo de la breve carta, y tornó una y otra vez á leerlo. La hipocresía era el único vicio que jamás había observado en Jacobo, y ó aquella carta la rebosaba por todas sus letras, ó Dios había hecho en él uno de sus prodigios. ¡Confortado con esperanzas y consuelos del P. Cifuentes, aquel corazón cuyo

frío egoísmo le mantenía siempre fresco é insensible, como un cadáver entre témpanos de nieve?....

Absurdo era esto; pero era posible, era su oración cotidiana hacía doce años, su plegaria más ardiente, su súplica más repetida, y ¡Dios era tan bueno, tan grande, tan Padre!....

Y aunque algo duro é inflexible se alzaba en el fondo de su corazón, gritando que aquello era una farsa, una nueva vileza, la Marquesa ahogaba esta voz sin darse cuenta de ello, para dejar entrar allí un rayo de sol que disipase las tinieblas de su triste abandono, para dejar que la esperanza y el deseo levantasen juntos y á su placer, un bello castillo en el aire.

Sin acordarse de desayunar siquiera, ni detenerse más tiempo que el preciso para lavarse en el tocador los ojos llorosos, corrió Elvira á casa de la Marquesa de Villasis, haciéndose la ilusión de que iba á buscar en el claro entendimiento y en el cariño acendrado de su amiga un consejo prudente, y yendo en realidad en busca de algo que con la autoridad de aquella, pudiera robustecer y dar cuerpo á su esperanza...

La Villasis sabía muy bien á qué atenerse, porque el P. Cifuentes le daba en su carta cuenta detallada de su entrevista con Jacobo. Habíasele presentado éste disimulando bajo su arrogante petulancia, el encogimiento y la especie de miedo receloso que suelen infundir los Jesuitas á las personas mundanas que sólo les conocen por las mil patrañas que en pro y en contra de ellos, corren contadas ó escritas.

Mas al ver delante de sí aquel hombre pequeñito, insignificante en su persona hasta la vulgaridad, lleno en él decir hasta el desaliño, que jamás sacaba las manos de las mangas, como no fuera para tomar rapé en su tabaquera de cuerno, y ponía de manifiesto con deplorable frecuencia, un pañuelo de yervas insolentes de puro feo, á cuadros azules y amarillos, con algunos vivitos verdes, trocóse su recelo en desprecio, y con la desdeñosa frialdad que guarda el grande orgulloso, para el pequeño que juzga empingorotado sobre una superioridad usurpada, manifestóle su *deseo* de reconciliarse con su mujer, olvidando todo lo pasado, y expresóle su *voluntad* de que fuera él mismo quien aconsejara á la esposa abandonada, acceder á sus pretensiones.

Y entónces fué cuando Jacobo quedó convencido de que el P. Cifuentes era un infeliz, un cuitadito sin pizca alguna de mundo, como el tío Frasquito le había dicho ántes.

Las manos del Jesuita se hundieron más y más en lo profundo de sus mangas, y muy alborozado y satisfecho, opinó que nada había más conforme á la moral cristiana que la paz de la familia y el perdón de las injurias.... Pero,—y aquí apareció de nuevo la tabaquera de cuerno, para suministrar á los dedos del P. Cifuentes un polvo digno del gran Federico,—en cuanto á aconsejar él a la señora Marquesa, que accediese á las pretensiones del Sr. Marqués, había de tener en cuenta el Sr. Marqués, que la señora Marquesa nada le había consultado, y que la primera condición del consejo prudente, es la de ser pedido...

Jacobo abrió la boca para replicar; pero el pañuelo á cuadros azules y amarillos con algunos vivitos verdes salió á relucir, y el P. Cifuentes añadió que creía, tenía entendido, le parecía probable que la señora Marquesa de Sabadell estaba á punto de salir de Biarritz, y que en el caso de no encontrarla, lo más prudente y oportuno para el Sr. Marqués, sería dirigirse á la señora Marquesa de Villasis, persona muy su amiga, de grandes luces y mayores virtudes, para la cual se brindaba á darle una carta suplicándole que las tomase ella en el asunto.

El tío Frasquito, que con gran falta de delicadeza hija de su deseo vehementísimo de seguir las peripecias del drama, se había constituido en testigo de la conferencia, metió entónces su cucharada, asegurando que aquello estaba muy bien pensado, que su sobrino el P. Cifuentes tenía razón hasta por encima del solideo, y que lo más derecho para su sobrino Jacobo, era dirigirse desde luego á su sobrina Villasis, porque lo que ésta no alcanzase de su sobrina Sabadell, nadie en el mundo, fuera ó no sobrino suyo, podría alcanzarlo.

Jacobo meditó un momento el plan que le proponían, y pensando escribir desde luego á su esposa, para detener su marcha con la noticia de su ida, aceptó á todo evento la carta para la Marquesa de Villasis, y despidióse del P. Cifuentes, llamándole D. Gregorio. En todo el trascurso de la plá-

tica, había evitado con marcada afectación designarle con el nombre de *Padre*, llamándole siempre Sr. Cifuentes.

El Sr. Cifuentes acompañó hasta la puerta á la aristocrática pareja, con sus manos siempre metidas en las mangas, y al verla desaparecer en el coche, permitiéndose murmurar del sobrino de su tío y de su tío mismo, diciendo para su sotana:

—¡Exacta alegoría del mundo!...—La necedad amparando al vicio.

Y sin perder un momento, púsose á escribir á la Marquesa de Villasis, dándole un juicio sobre los planes de Jacobo, que coincidía por completo con el dado ya por Diógenes, suplicándole que evitase á toda costa que Elvira y su marido se viesan, á fin de que éste no pudiera engañarla, y encargándole también con grandes instancias que ahuyentara para siempre con algún recurso de su femenino ingenio, á aquel desdichado que pretendía explotar á su infeliz mujer, con grave riesgo de su inocente hijo.

Guardóse muy bien la Villasis de comunicar á Elvira estas noticias, y como el experto médico que debilita en varias dosis un breva de demasiado fuerte, trocándolo de veneno en medicina, dispúsose á desengañar á la infeliz, poco á poco y por partes. Leyó, pues, atentamente la carta que agitada y temblorosa le presentaba Elvira, y devolviéndola sin decir palabra. Ella la interrogaba con los tristes ojos preñados de lágrimas; la Villasis dijo entonces moviendo lentamente la cabeza.

—Eres turco y no te creo...

Elvira bajó anonadada la suya, porque le pareció que aquellas palabras derrumbaban de un golpe, el castillo que allá en el fondo de su corazón, levantarán antes la esperanza y el deseo. Dos grandes lágrimas se desprendieron de sus ojos, mientras murmuraba tímidamente:

—¡He rezado tanto!...¡He llorado tanto!...

—¡Es verdad!—¡Pero ha mentado tanto!...¡Ha rodado tanto!...

—Dios puede hacer un milagro...

—Y el hombre puede hacerlo inútil.

—Yo espero que no...

—Yo temo que sí.

—¡Pero á tí quién te lo dice!...

—Y á tí quién te lo asegura?

El llanto de Elvira se trocó entonces en sollozos, y como si aquella pena fuese nueva para ella, sintió en toda su plenitud la primera necesidad de todos los débiles en la desgracia; buscar unos brazos amigos en que arrojarle, un pecho leal en que esconder el rostro lleno de lágrimas...

La Villasis la recibió en los suyos, estrechándola contra su corazón, besándola en la frente, hablándola al oído, con la voz suave y cariñosa con que se habla á un niño enfermo ó desolado. Ella, sollozando sin cesar, repetía:

—¡Y qué hago?...¡Qué hago!...

—Irte.

—¡Pero á dónde!...

—A Lourdes....—A esperar junto á la Virgen Santísima que pase la tormenta.

—Iré allí á buscarme...

—No irá....—Yo me encargo de detenerlo.

—¡Pero y si fuera verdad, María!--tornó á decir Elvira aferrándose á su idea. ¡Y si su arrepentimiento es cierto, y se encuentra el pobre con que le cierro la puerta?...

—Entonces sabré yo conocerlo y te lo llevaré á Lourdes yo misma...Iremos los tres á buscarte; él, yo y tu hijo.

—¡Hay Alfonsito!...¡pobre hijo de mi corazón!...¡Y qué hago con él? Me lo llevo?...

—No; déjalo en el colegio.

—¡Oh, no, no, eso no!--exclamó Elvira fuera de sí. ¡Y si su padre va á verlo y se lo lleva y me lo quita?...¡Hijo de mi alma!...¡verme yo sin él!...¡Me muero entonces...me muero!...

Y ante esta idea que le aterraba, la infeliz mujer, abrumada por el dolor y debilitada por la inanición, sufrió un ligero desvanecimiento. Hízola la Marquesa tomar una taza de caldo y una copa de vino generoso, y poco á poco logró al fin tranquilizarla.

Entonces concertaron su plan: Elvira había de partir aquella misma noche á Lourdes, acompañada de Mlle. Carmagnac, señora muy respetable, que había sido aya de la única hija de la Marquesa de Villasis. Esta dictó á Elvira

una carta, que habían de entregar á Jacobo, cuando se presentara en casa de su esposa: decíale en ella que asuntos muy urgentes le impedían esperarle en Biarritz, y que la Marquesa de Villasis quedaba con amplios poderes para tratar con él toda clase de asuntos, conformándose Elvira desde luego con lo que ambos concertaran.

A todo asentía la Marquesa de Sabadell, con esa especie de inercia moral que enerva la voluntad, cuando en cualquier negocio de la vida se apaga la fe y muere la esperanza. Mas en las naturalezas heroicas, crecen las fuerzas en la misma proporción que crece el dolor del sacrificio, y sin derramar una lágrima ni mostrarse ya acongojada ni afligida, ocupóse tan sólo de sus preparativos de marcha.

Las dos señoras almorzaron juntas en casa de la Sabadell, entregó ésta á su amiga algunos papeles importantes que la Villasis queria tener á mano, por si en su conferencia con Jacobo le fueran necesarios, y marcharon después ambas á Guichon, pequeña aldehuela situada entre Bayona y Biarritz, donde los jesuitas expulsados de España por la Revolución, habían abierto el colegio en que Alfonsito Tellez se educaba.

Despidióse Elvira de su hijo sin decir cuándo ni á dónde iba, y el Rector del colegio que conocía á fondo todas las pesadumbres de la dama, quedó encargado de no permitir que el niño no recibiese otra visita que la de la Marquesa de Villasis, durante la corta ausencia de su madre. Dos horas después despedíase aquella de Elvira en la estación de la *Negresse*, y volvía triste y preocupada á la *Villa María*, dando al punto orden de no recibir á nadie.

Encerróse temprano en su gabinete y pasó gran parte de la noche repasando y estudiando los papeles de Elvira, y escribiendo una especie de documento, en forma de artículos numerados. Levantóse muy de mañana al otro día, fuése á la capilla de Santa Eugenia, oyó dos Misas y comulgó devotamente, la prudencia de la mujer había tirado la noche ántes sus cálculos, y la fé de cristiana iba á buscar entonces en el Sacramento la gracia divina que necesitaba para vencer en la lucha.

La mañana estaba magnífica y prometía uno de esos es-

pléndidos días de invierno en que los miembros se desentumecen, el alma se alegra y el barómetro sube, como si quisiera descubrir á lo léjos la llegada de la primavera. A las tres de la tarde, hallábase abierto de par en par el mirador de cristales del gabinete que ya conocemos, y el sol entraba á raudales, llenándolo todo de luz, de colores y de reflejos. La Marquesa amaba el sol y el aire con la pasión con que los aman los pobres, y odiaba ese misterioso y coquetuelo *petit jour*, en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo. Uníanse en el jardín las carcajadas de Monina que saltaba la cuerda, con los mugidos del mar que azotaba la costa, como si en aquella naturaleza tan bella, tan en calma, tan espléndida, se armonizara lo inocente con lo terrible, el mar y el niño, la extrema debilidad y la extrema fiereza.

La Villasis, apoyada en la ventana, seguía con la vista los juegos y carreras de aquel bello ángel, que ocupaba y llenaba por completo su corazón, con ser éste tan grande. Era aquella niña su nieta, hija de su única hija, muerta al darla á luz cinco años ántes, y huérfana también de padre.

De repente, la Marquesa cerró la ventana, y sentóse junto á ella, al lado del pequeño *secrétaire* en que solía despachar su correspondencia ordinaria. Había escuchado á lo léjos el ruido de un coche, que se deslizaba sobre las enarenadas calles del parque, y á poco, un criado anunciaba en el gabinete al Marqués de Sabadell.

La Marquesa se santiguó vivamente, no bien desapareció el lacayo, fijó un momento sus grandes y vivos ojos negros en un cuadro bellissimo de la Virgen, que había en el testero, y volvióse hacia la puerta, tan risueña, tan señora y tan serena como cuando recibía en Madrid á sus amigos íntimos.

VIII.

Para que el lector pueda comprender toda la importancia